
Gonzalo Butrón Prida (*) y Diana Repeto García (**)

DE MILITARES Y ROMÁNTICOS: LA BAJA ANDALUCÍA BAJO LA MIRADA DEL CONDE DE CASTELLANE (1825-1827)

Los diarios y la Historia: el *Journal du Maréchal de Castellane*

Al igual que muchos de sus contemporáneos¹, el conde de Castellane (1788-1862), recogió las impresiones de su larga e intensa vida en un diario que, tanto por la personalidad del autor de familia de gran tradición monárquica y notables influencias políticas en la Francia de la Restauración, como por el amplio arco cronológico que comprende desde 1804 hasta 1862, y la multitud de espacios en los que se desarrolla la mayor parte de Europa y del norte de África, representa una fuente nada desdeñable para el conocimiento de la sociedad y de la política europea en el tránsito del Antiguo Régimen al Liberalismo. Publicado a finales del siglo XIX, cuando habían pasado más de treinta años de la muerte de su autor, el *Journal du Maréchal de Castellane* ofrece, en cinco volúmenes, la percepción que un militar educado en los principios del Antiguo Régimen tenía del mundo en cambio que le tocó vivir.

Sólo una pequeña etapa de la amplia trayectoria vital de este noble y militar francés se desarrolló en Andalucía. No obstante, el hecho de que ocupe buena parte del segundo volumen del diario revela que la experiencia andaluza debió resultarle, cuando menos, sugestiva. En concreto, Castellane formó parte del ejército francés de ocupación que permaneció en España durante cinco años desde la *liberación* de Fernando VII, el primero de octubre de 1823, hasta septiembre de 1828, con el objeto de consolidar el recién restablecido absolutismo. Tras una fugaz misión en Barcelona, donde fue comandante de la brigada de caballería de la división francesa de Cataluña, fue nombrado comandante de la primera de las

(*) Universidad de Huelva.

(**) Universidad de Cádiz.

(1) El exhaustivo estudio de Gil Novales (1997) sobre la producción historiográfica originada en torno a la guerra de 1823 incluye numerosas referencias a visiones personales escritas por los protagonistas de la misma. El propio Gil Novales (2000) ha dedicado un trabajo a un camarada de Castellane, Fantin des Odoards, cuyo diario fue publicado por la misma editorial en fechas cercanas al de Castellane.

tres brigadas que componían la división de Cádiz, destino que desempeñó en El Puerto de Santa María entre marzo de 1825 y septiembre de 1827. La intensa actividad desplegada por el conde de Castellane durante este tiempo, tanto en el plano oficial, como en el particular, lo convierten en un testigo de excepción de la situación de la Baja Andalucía en el contexto de transición que domina las décadas finales del Antiguo Régimen, de ahí la importancia del recurso a su diario como fuente.

Aunque coincidentes en numerosos aspectos con otro tipo de escritos personales, como las memorias y las autobiografías -todos ofrecen una visión personal a partir de una experiencia vivida en un tiempo que el autor considera excepcional, y todos poseen, además, cierto grado de ambición justificativa²-, los diarios cuentan con características propias a tener en cuenta. En primer lugar, se distinguen por su relación con el tiempo, pues generalmente son escritos de manera casi inmediata a los acontecimientos, de modo que, frente a la recreación meditada del pasado que proyectan las memorias y las autobiografías, los diarios ofrecen lo que María Antonia Álvarez califica de “interpretaciones momentáneas de la vida”³. Esta inmediatez les confiere, en consecuencia, una precisión y frescura, que los despoja de la mayor distancia, perspectiva y carga de reflexión con que cuentan las memorias y las autobiografías.

En segundo lugar, resulta obligado señalar que en los diarios existe una identificación manifiesta entre el narrador y el protagonista o al menos testigo de los hechos relatados y el ambiente recreado. Esta mayor identificación distancia de nuevo a los diarios de las memorias y las autobiografías, pues en ellas el divorcio entre narrador y protagonista es más evidente, ya que el primero cuenta con la ventaja que le ofrece el paso del tiempo y tiene por ello más posibilidades y también mayor tentación de elaborar otro yo, de recurrir por completo a la ficción para ajustar su narración a parámetros “razonables”, como los llama Josep Fontana⁴. En última instancia, esto no significa, en absoluto, que el autor de los diarios deje de proyectar sobre sus notas una visión ideal de los hechos, que no convierta su relato en reflejo de sus preocupaciones y ambiciones. Es el caso del *Journal du Maréchal de Castellane*, que no se ajusta por completo al paradigma señalado. Aunque basado, sin duda, en las notas tomadas cotidianamente por su autor, la obra incluye en ocasiones referencias anacrónicas que sólo pueden ser entendidas como fruto de modificaciones realizadas en posteriores lecturas, circunstancia confirmada por las propias notas a pie de página que, con el paso del

(2) Caballé, A. (1991, 147-148).

(3) Álvarez, M.^a A. (1989, 448).

(4) Fontana, J. (1997, 24-25).

tiempo, incluyeron tanto el mariscal, como el editor del diario. En consecuencia, el *Journal du Maréchal de Castellane* presenta un carácter mixto que no sólo admite un punto más de reflexión de lo habitual, sino que además incrementa la distancia entre el autor y el protagonista, de tal manera que con frecuencia es posible identificarlos como diferentes.

Por último, los diarios también cuentan con características formales propias, muy evidentes en el del conde de Castellane. Una primera muestra la encontramos en el planteamiento y la organización interna de la obra, que carece de un plan y una trama meditada, para responder en cambio a un proceso acumulativo de experiencias dispuestas cronológicamente, en el que las cuestiones triviales reciben el mismo tratamiento que las trascendentales. De igual modo, los diarios presentan, en general, notables carencias estilísticas, como éste del conde de Castellane, en el que domina un lenguaje directo, poco dispuesto al empleo de recursos y licencias narrativas, que además encuentra difícil escapar de la reiteración.

Junto a la vinculación con las memorias y las autobiografías, el diario del conde de Castellane también presenta una clara relación con los libros de viajes escritos por los aventureros románticos. Partícipe en gran medida de la formación de los viajeros, y cargado también de una curiosidad parangonable a la suya, la mirada de Castellane complementa y supera la de aquellos, toda vez que la misión militar que cumplía le permitió adentrarse en el entramado político y social andaluz en mejores condiciones, y también durante más tiempo, que lo hicieran los viajeros. De un lado, hay que tener en cuenta las exigencias derivadas de su cargo, toda vez que era responsable de una brigada que incluía destacamentos en numerosas poblaciones, circunstancia que le permitió conocer y tratar con autoridades y vecinos de un amplio territorio (El Puerto de Santa María, Sanlúcar, Jerez, Puerto Real, Chiclana y Tarifa, además de Cádiz y San Fernando, sedes de las otras dos brigadas de la división). De otro lado, no hay que olvidar sus inquietudes e intereses personales, que lo llevaron a emprender distintos viajes, entre los que destacan los realizados a Gibraltar y a Sevilla, donde, gracias a su condición, fue recibido por las principales autoridades políticas, militares y eclesiásticas, que le brindaron la posibilidad de conocer estas ciudades desde una posición privilegiada.

De este modo, y al margen de las alusiones a la actividad militar, omnipresentes en las páginas dedicadas a su comandancia en El Puerto de Santa María que, además de rutinarias, son las que cuentan con un componente más acusado de intencionalidad y carácter justificativo, el diario del conde de Castellane

incluye tanto las descripciones y retratos propios de los viajeros, como toda una serie de referencias de singular valor sobre la vida política, las relaciones sociales, los modos de vida y la coyuntura económica de la Andalucía del primer tercio del Ochocientos. Son las descripciones y los relatos de costumbres los que nos interesan en esta ocasión, con el objeto de conocer la Baja Andalucía a través del prisma particular del militar y romántico que era el conde de Castellane.

El conde de Castellane en El Puerto de Santa María

El conde de Castellane llegó a El Puerto de Santa María el 7 de marzo de 1825, fecha en que tomó posesión de su cargo al frente de la primera brigada de la división francesa de Cádiz. Ya se ha señalado que se trataba de una brigada que incluía destacamentos en diversas poblaciones, de ahí que la nota dominante entre sus fuerzas fuera la movilidad, como lo atestigua el hecho de estar compuesta principalmente por cuerpos de infantería ligera, caballería y artillería a caballo⁵.

La jornada tipo del conde de Castellane comenzaba con la atención a la rígida burocracia militar francesa. Según él mismo reconocería⁶, a las siete de la mañana dictaba a su edecán tanto las respuestas a los informes diarios de los acantonamientos de la brigada, como el informe del día para el general Gudin, comandante en jefe de la división. A continuación, despachaba con el oficial de ordenanza, a quien redactaba las notas que debían servir para elaborar los informes que enviaba al ministerio de la Guerra y desde la vuelta de su permiso en abril de 1827, también al Delfín con la salida de cada barco. Su trabajo con los oficiales continuaba aproximadamente hasta las nueve de la mañana, momento en el que el comandante de la plaza de El Puerto de Santa María le entregaba su informe y recogía las órdenes del día. Descansaba brevemente para tomar el té y desayunar con sus oficiales, para continuar, a las once, con la recepción de los informes de cada uno de los cuerpos acantonados en El Puerto. Trabajaba enton-

(5) Durante el mandato del conde de Castellane la primera brigada estaba compuesta de dos regimientos de infantería, dos de caballería, una batería de seis piezas servida por una compañía del 2º de artillería a caballo y una compañía del tren, unas tropas que fueron emplazadas de la siguiente manera: el regimiento 14º de cazadores a caballo, un batallón del regimiento 38º de infantería de línea, una compañía de artillería a caballo y una compañía del tren en El Puerto de Santa María; dos compañías y el coronel del regimiento 36º de infantería de línea en Puerto Real; el resto del regimiento 36º de infantería de línea en Tarifa; un batallón del regimiento 9º de infantería ligera en Sanlúcar, otro batallón del regimiento 9º de infantería ligera en Jerez; y el regimiento 13º de cazadores a caballo en Chiclana. Un acercamiento más preciso a la guarnición de El Puerto de Santa María en Butrón Prida (1998, 90-93).

(6) *Journal*, 3.X.1827, págs. 189-191. Se trata de un balance que realiza una vez embarcado con destino a Francia.

ces en su correspondencia particular, en tanto que, sobre las doce, recibía visitas, ya fuera de franceses o de españoles. Finalmente, era el propio Castellane, el que se dedicaba, en torno a la una y media, a realizar visitas e inspecciones.

Con la tarde, que también estaba perfectamente reglamentada, llegaba el tiempo de ocio, distribuido equilibradamente con las obligaciones del mando militar, que nunca eran descuidadas. En invierno, en torno a las tres, Castellane solía cabalgar, en tanto que en verano optaba por la relajación de los baños en la playa. A las cinco cenaba, casi nunca en solitario, puesto que, tres veces por semana, celebraba cenas para diez comensales, y además, siempre que le era posible, invitaba a su mesa a los oficiales de otros acantonamientos que se encontrarán en El Puerto. Después de la cena cabalgaba de nuevo, normalmente para conocer el estado del resto de los acantonamientos, aunque en verano daba preferencia a la revista de los puestos del cordón sanitario establecido cada año con el objeto de prevenir el contagio de la temida fiebre amarilla.

La noche era, en última instancia, escenario del verdadero tiempo de ocio. De vuelta de la salida a caballo, Castellane se entregaba a la vida social, marcada en la época por la visita y el paseo. En su agenda las visitas eran prioritarias y, sólo si podía, frecuentaba los paseos de la ciudad, ya fuera en La Victoria, del que destacaba sus naranjos, o en El Vergel, situado junto al Guadalete. Bien iluminados, animados con la música de las bandas de la guarnición y muy concurridos durante la temporada de baños, los paseos ofrecían a Castellane la oportunidad de coincidir y conversar con las españolas, si bien tenía por costumbre no dar el brazo a ninguna. Más tarde, a partir de las once de la noche, la rigidez y la formalidad del ritual social se relajaban, llegaba el momento de cumplir la cita diaria con la casa de Porro, y Castellane aún entraba en alguna taberna si encontraba una puerta abierta antes de la medianoche. Con el fin de la jornada, volvía momentáneamente al trabajo: abría los informes de los acantonamientos y atendía, de nuevo, su correspondencia particular, escribiendo con preferencia a su venerado padre, a su esposa y a sus amigos.

Siguiendo estas coordenadas, la estancia de Castellane en tierras gaditanas se prolongaría hasta el 29 de septiembre de 1827, fecha de su traslado a Francia para ocupar un nuevo destino⁷. Castellane lamentó enormemente la decisión del ministerio de la Guerra, es más, el cambio de destino le afectó tanto que gran parte

(7) La estancia de Castellane contó con un paréntesis importante, motivado por el permiso de tres meses obtenido para pasar a Francia a finales de 1826. En la práctica, su ausencia se prolongó durante casi cuatro meses y medio, toda vez que partió de Cádiz el 24 de noviembre de 1826, y no regresó hasta el 10 de abril de 1827.

de las páginas dedicadas al final de su estancia en El Puerto de Santa María las emplearía en un ejercicio de autocomplacencia del que además haría partícipes, sin pudor alguno, a la mayoría de las personalidades y autoridades del entorno, tanto francesas, como españolas⁸. Con la vuelta a Francia a la vista, y a modo de recapitulación o balance, se presentaría a sí mismo como ejemplo de virtudes: no había escatimado esfuerzos ni eludido responsabilidades en el desempeño de su cargo; había perseguido en todo momento el mejor servicio de las tropas y de los habitantes del territorio de su mando; y jamás había actuado en beneficio propio, sino buscando favorecer siempre a Francia, al sistema monárquico y a la dinastía borbónica. Por todo ello, consideraba haberse ganado la estima de los habitantes y las autoridades de las poblaciones servidas por su brigada, e incluso de la propia Cádiz: su autocomplacencia llegaría al extremo de considerar que, en caso de que sus hijos visitaran alguna vez Andalucía, su nombre todavía seguiría siendo respetado. Para confirmarlo, apelaría a las despedidas y los testimonios de sentimiento recibidos por igual de franceses y españoles en el momento de su partida, que Castellane entendió como prueba de agradecimiento por la buena labor desempeñada. Entre los franceses, le mostraron su pesar el vizconde de Gudin, el mariscal Mouton y los oficiales de la brigada de San Fernando; en tanto que entre los españoles, siempre según el testimonio de Castellane, las demostraciones de tristeza por su marcha fueron generales, aunque no siempre sinceras: “les habitants me font les adieux les plus aimables; enfin il est tellement de mode d’être fâché de mon départ que le gouverneur Soto, que je regrette de ne pouvoir estimer parce que c’est un voleur, pleurait en m’embrassant”⁹.

La Baja Andalucía bajo el prisma militar del conde de Castellane

Agudo observador de la realidad que le rodea, el conde de Castellane incluyó en su diario numerosas descripciones de las ciudades andaluzas que conoció, que no fueron pocas, así como también de los aspectos de la vida de las mismas que más le impresionaron. Entre estas descripciones se encuentran, como no podía ser de otra manera, las de Cádiz, El Puerto de Santa María y las distintas poblaciones ocupadas por su brigada, que no sólo fueron objeto de su curiosidad personal, sino que también fueron miradas con atención desde el punto de vista militar, puesto que el ministerio de la Guerra francés encargó a los mandos

-
- (8) Castellane atribuiría su destitución a la presión ejercida por los ultraabsolutistas ante el gobierno español. En concreto, culpó de ello tanto al negociante Belaustegui, con quien tuvo problemas con motivo de su alojamiento, como a la sociedad del Angel Exterminador, que creía que lo consideraba un obstáculo para el desarrollo de sus proyectos políticos (*Journal*, 6.IX.1827, pág. 186).
- (9) *Journal*, 3-24.IX.1827, págs. 183-187. Entre sus amistades españolas, Castellane destacaría las despedidas del corregidor de Jerez Manuel Monti, el virrey Laserna, la familia Porro y el cónsul Brakenbury.

del ejército de ocupación que reunieran el mayor número de datos posibles de carácter político, económico y militar sobre el territorio español ¹⁰. Junto a ellas, también se hallan Sevilla y Gibraltar, dos ciudades que, por distintos motivos, le atrajeron especialmente: la primera por la riqueza de su pasado histórico y monumental, y la segunda por la trascendencia de su posición estratégica.

En general, las ciudades del entorno gaditano provocaron la admiración de Castellane. Su primer contacto con Andalucía llegó con el desembarco en Cádiz, ciudad que le pareció muy bella, con calles estrechas tiradas a cordel y grandes casas blancas, que le conferían un aire de ordenada limpieza ¹¹. Una valoración similar le mereció El Puerto de Santa María, la ciudad que describiría con mayor exhaustividad en su diario. Desde un primer momento su impresión fue buena, de ahí su elogio de la buena construcción de sus casas, con sus cuidadas fachadas blancas, sus balcones y cierros refugio de las miradas femeninas, las escaleras de mármol y sus floridos patios, en los que imperaba una limpieza que creía imposible de encontrar en ninguna otra parte de España. Del conjunto destacó la calle Larga, así como sus dos paseos, el de la Victoria y el del Vergel ¹². Finalmente, de Jerez resaltaría la Cartuja, de la que elogió tanto su construcción, como las pinturas de Murillo que la adornaban, además de recordar la grandeza de los caballos que criaba en el pasado ¹³.

En todo caso, fue Sevilla la ciudad andaluza que más le impresionó, y es que la visitó en marzo, una fecha especialmente favorable para el disfrute de los sentidos en la capital hispalense, dada la coincidencia de las bondades de la primavera andaluza con el espectáculo ofrecido por la Semana Santa ¹⁴. Se desplazó a Sevilla en el moderno servicio de barcos de vapor de la Compañía del Guadalquivir, donde coincidió con otros oficiales de la división. Se trataba del *Betis* que, con capacidad para 200 pasajeros, le pareció una “grande et commode diligence”. No obstante, la modernidad desaparecería al producirse el desembarco, que provocó en Castellane la sensación de dar un paso atrás en el tiempo.

Esta sensación se debió, por una parte, al contacto con las autoridades de la Sevilla absolutista, que recibieron bien a Castellane y le rindieron homena-

(10) Castellane fue expresamente felicitado por Clermont-Tonnerre, ministro francés de la Guerra, por la labor desempeñada en la formación de mapas y planos, y en el acopio de datos estadísticos. Tanto la problemática surgida en torno a esta cuestión, como un ejemplo del resultado de esta política, el del propio Puerto de Santa María, en Butrón Prida, G. (1999).

(11) *Journal*, 6.III.1825, pág. 66.

(12) *Journal*, 4.IV.1825, págs. 71-72 y 16.VII.1826, pág. 128.

(13) *Journal*, 10.IV.1825, pág. 72.

(14) *Journal*, 23-29.III.1826, págs. 103-107.

je como representante de la nación aliada en la lucha del absolutismo contra el desafío liberal y revolucionario. Especial atención mereció de la principal autoridad eclesiástica, el arzobispo Cienfuegos, que lo convirtió en invitado de honor de las ceremonias y los oficios del momento. De igual modo, también fue atendido por Quesada, capitán general de Andalucía; por el singular general Downie, segunda autoridad militar de Sevilla y gobernador del Alcázar, que ejerció de guía durante la estancia de Castellane; y por Ignacio Marín y Sánchez, que lo invitó a ver las procesiones desde los balcones de la Audiencia, de la que era presidente.

Por otra parte, hay que tener en cuenta la propia disposición de Castellane, que sacó a relucir en Sevilla su espíritu romántico, con el que buscó y encontró una ciudad anclada en el pasado que, repleta de huellas de la presencia romana, del legado árabe y del esplendor imperial, le produjo la misma admiración que a los viajeros. Así quedó de manifiesto en cada una de sus visitas, desde las ruinas de Itálica, a la Casa de Pilatos, la Catedral de la que quedó fascinado por su tesoro, la sala capitular, las magníficas capillas y las pinturas de Murillo, y la Bolsa, de la que valoró los fondos del Archivo de Indias, conservados en magníficas galerías de armarios construidos con la mejor caoba.

Apenas unas semanas más tarde el conde de Castellane visitaría Gibraltar. Camino de la colonia británica, conoció una serie de poblaciones en las que todavía se presentó inspirado por el espíritu romántico que había marcado su estancia en Sevilla, como fue el caso de Vejer y Tarifa ¹⁵. Sin embargo, el viaje a Gibraltar respondía principalmente a razones militares, puesto que a Castellane le interesaba conocer personalmente la disposición estratégica de las defensas del Peñón, un enclave que preocupaba especialmente a los franceses, que en determinados momentos llegaron a pensar en desafiar el control británico del Estrecho, ya fuera mediante la toma de Ceuta, ya mediante la conversión de Cádiz en un nuevo Gibraltar ¹⁶.

De la colonia británica, donde permaneció cinco días ¹⁷, destacó, sobre todo, el contraste que presentaba con respecto al territorio circundante, puesto que, en su perspectiva, en esta ciudad de unos 17.000 habitantes e importante presencia militar estimada por Castellane en 3.500 hombres de la guarnición y

(15) *Journal*, 18-20.IV.1826, págs. 109-112.

(16) El Estado Mayor General del ejército de ocupación ya redactó un informe sobre Ceuta en octubre de 1824 (íntegro en Butrón Prida, G., 1997, 938-940). El propio Castellane, a la altura de Gibraltar, camino de su destino en El Puerto de Santa María, mostraría interés por la ocupación de Ceuta (*Journal*, 5.III.1825, págs. 65-66).

(17) *Journal*, 22-26.IV.1826, págs. 112-118.

otros 4 ó 5.000 marineros presentes en la bahía se respiraba un ambiente cosmopolita en el que dominaba el cruce de pueblos y culturas.

Como no podía ser de otro modo, Castellane se fijó sobre todo en los aspectos militares de Gibraltar. En primer lugar, pudo comprobar que, frente al ejército español, mal pagado, y peor equipado calificaría a los soldados españoles de andrajosos o “déguenillés”, la posición de los militares ingleses resultaba inmejorable, tanto con respecto a su disciplina, como a su dotación y equipamiento, que no dudaba en reconocer superior al de los propios franceses “chaque soldat anglais doit coûter trois soldats français”. De igual modo, no pasaría por alto que la decadencia dominante en España desaparecía al cruzar la frontera, de manera que el espectáculo ruinoso de los establecimientos militares que había conocido en el entorno gaditano, desde las fortificaciones, los cuarteles y los pabellones de oficiales, hasta el arsenal de la Carraca, no resistía comparación con las magníficas instalaciones militares gibraltareñas, que las autoridades inglesas, con el gobernador Don al frente, no dudaron en mostrarle.

En última instancia, los contrastes no sólo eran evidentes desde el punto de vista militar, sino también desde el comercial. En concreto, Castellane observaría que la actividad económica era mucho mayor en Gibraltar que en España, si bien le sorprendería que las tiendas del Peñón no estuvieran bien abastecidas. Destacaría, en todo caso, que los paseos y las calles se encontraran en buen estado, así como las edificaciones, en general bien cuidadas. Señalaría, finalmente, la gran cantidad de gente que había en la calle, y mostraría su admiración por el paseo de la Alameda, construido recientemente por Don y poblado de bellos álamos temblones.

Los modos de vida y las costumbres

Si las ciudades andaluzas sorprendieron a Castellane, aún le asombraron más sus habitantes, cuyos modos de vida y costumbres describiría con minuciosidad. Su curiosidad le haría fijarse especialmente en las andaluzas, a las que definió recurriendo a la comparación, primero con las francesas, y más tarde con las suizas. Con respecto a las francesas, agradecía, complacido, que las andaluzas fueran menos reservadas a la hora de sonreír, al mismo tiempo que aplaudía la libertad que gozaban en el paseo, pues que fueran seguidas a diez o quince pasos por sus dueñas o por sus padres, no les impedía hablar cariñosamente con sus acompañantes. Al margen de por su actitud “elles sont fort séduisantes”, Castellane admiraría a las andaluzas por su belleza: “on ne peut refuser aux Andalouses de très jolis pieds, de beaux yeux, des tailles charmantes, une tour-

nure, une grâce parfaites”¹⁸. En su visita a Ginebra durante su permiso militar, Castellane se acordaría, curiosamente, de Andalucía, y es que frente a las suizas, que describió como “petits colosses, grossièrement travaillés”, no pudo sino evocar a las andaluzas, que de nuevo definió como maravillosas, admirables por sus formas delicadas¹⁹.

En todo caso, no todos los comentarios de Castellane aludían al aspecto físico de las andaluzas, puesto que en ocasiones también les reconoció cierta agencia en el ámbito político, reflejada en su predisposición a incluir en sus peinados y vestidos los símbolos tenidos por liberales. De este modo, recogió en su diario tanto el desafío de las sevillanas a los voluntarios realistas, que las perseguían por adornar sus cabezas con los bucles conocidos como “lágrimas de Riego”²⁰; como el plante de las gaditanas a Malvar, el intendente de Policía, cuya iniciativa de prohibir las cintas verdes por estimarlas constitucionales, fue contestada por las gaditanas poniéndose de acuerdo para lucirlas todas en la Alameda²¹.

El diario del conde de Castellane no incluye, en cambio, alusiones generales al carácter de la otra mitad de los andaluces, y sólo en una ocasión describe su forma de vestir, con motivo de un baile por suscripción celebrado en Puerto Real, al que acudió un importante número de asistentes, procedentes, en gran medida, de la que Castellane llamaba “la seconde société de Cadix”. A diferencia de las señoras, bien arregladas, los señores, vestidos de muy diversa forma incluidos los que lucían “des boutons et des culottes à l’andalouse” le recordaron a los camareros del café de Tortoni²².

La falta de retratos generales se suple, de algún modo, con la información referida a andaluces concretos, fruto de las buenas relaciones mantenidas por Castellane con las principales familias del mundo político y económico del entorno de su brigada. Por ejemplo, entabló amistad con el virrey Laserna que, recién llegado de Perú, se había instalado en Jerez en casa de su sobrina, la condesa del Buen Socorro. Le interesaba la conversación de este político que tanto tenía que contar, y que sin embargo había sido olvidado y relegado por la administración española, que ni se preocupaba por los detalles de la defensa de la antigua colonia que Laserna estimaba que podría haberse conservado con poco

(18) *Journal*, 14.III.1825, págs. 68-69 (aunque fechados en marzo, estos comentarios sobre las andaluzas forman parte de una nota redactada con posterioridad por el conde de Castellane).

(19) *Journal*, 6.I.1827, pág. 150.

(20) *Journal*, 27.III.182, pág. 106.

(21) *Journal*, 2.VIII.1826, pág. 129.

(22) *Journal*, 25.VI.1825, pág. 82.

esfuerzo, ni se encargaba de pagar los atrasos que le debía, que el propio Laserna cifraba en más de tres millones de reales²³. Conoció también a los principales bodegueros, entre ellos los Domecq, de origen bearnés, y los Gordon, con quienes coincidió en la Semana Santa sevillana²⁴.

En cuanto a los modos de vida y costumbres, Castellane detallaría los que había alcanzado a conocer mejor, esto es, los de los notables y burgueses, que eran los que marcaban las pautas de la sociabilidad del momento. Aunque ésta se encontraba bien reglamentada, y comprendía además una serie de espacios fijos el paseo, los salones, la iglesia y el teatro, lo cierto es que, en términos generales, la presencia francesa alteró el ritmo de las relaciones sociales en el conjunto de las plazas ocupadas, toda vez que, como ocurrió en el caso de El Puerto de Santa María y el resto de poblaciones dependientes de la brigada comandada por el conde de Castellane, los franceses no sólo fueron testigos, sino también agentes de las formas de sociabilidad andaluzas, de las que participaron mientras se prolongó su estancia.

En este sentido, cabe destacar el compromiso por la integración adquirido desde un primer momento por el conde de Castellane, que pese a que las obligaciones militares marcaron su rutina diaria en El Puerto, encontró tiempo para desarrollar una actividad social que fijó, si hay que dar crédito a sus escritos, las pautas de la sociabilidad portuense. En concreto, Castellane trató de evitar que los militares franceses vivieran aislados, pues si se mantenían al margen de la sociedad andaluza nunca dejarían de ser tenidos por hostiles. Fomentó entonces el encuentro de la guarnición, y muy especialmente de su oficialidad, con la población y las autoridades, pues creyó que el conocimiento mutuo era el mejor modo de desterrar el sentimiento anti-francés arraigado en la mentalidad española en las últimas décadas. Era ésta una cuestión que preocupaba sobremanera al conde, que no dejaría escapar ocasión de resaltar en su diario las huellas de la presencia francesa en Andalucía durante la Guerra de la Independencia, subrayando siempre los aspectos que consideraba positivos, y sorteando en cambio, como era de esperar, cualquier alusión a tropiezos y contrariedades entre franceses y andaluces.

Dentro de esta política, planteada pues como una forma más de defender a Francia, a la monarquía y a los Borbones, se enmarcarían dos decisiones adoptadas recién iniciado su mandato: la organización de un baile cada semana en su residencia y el permiso concedido a los músicos de la guarnición para que toca-

(23) *Journal*, 6.III.1825, págs. 101-102 y 4.XI.1826, págs. 135-136.

(24) *Journal*, 2.IV.1825, pág. 71 y 24.III.1826, pág. 105.

ran en los paseos en verano. Especialmente notable fue la primera de ellas, que nació con el deseo de superar el escaso interés demostrado por los oficiales por la integración en la vida social portuense “un grand nombre, en Espagne, comme en France, ne vont pas dans le monde, ils sont ensuite étonnés de ce qu’on ne vas pas le chercher”, y que se concretó en la celebración de una velada todos los miércoles. La primera tuvo lugar cuando apenas había pasado un mes y medio de su llegada. Llovía y sólo asistieron dieciséis damas, pero Castellane no perdió su optimismo: “pour le temps et un début, on trouve que c’est superbe”²⁵. En breve, las veladas se consolidarían como un punto de encuentro obligado en la rutina social de El Puerto que, pese a la oposición de algunos españoles, con el gobernador Soto a la cabeza, se veía animada por la diversión representada por las contradanzas francesas²⁶.

Junto al paseo y los salones, los otros dos escenarios de sociabilidad favoritos eran la iglesia y el teatro. Para Castellane la iglesia era un punto de encuentro clave, como lo atestiguaba tanto que los oficiales de su brigada hubieran conocido preferentemente a las andaluzas en misa es más, muchas de ellas acudían a la misa militar, como la estadística tan particular que ofrecía: si se preguntara a diez andaluzas, nueve contestarían que habían visto por primera vez a su amante en la iglesia. El teatro, que contaba en El Puerto con una compañía que actuaba los jueves y los domingos, representaba un ambiente propicio para la sociabilidad en el que también estaban presentes los franceses, si bien en el teatro portuense imperaba una división del espacio en función del género, de modo que hombres y mujeres se sentaban por separado: el patio de butacas estaba reservado a los hombres, en tanto que las mujeres debían contentarse con el paraíso²⁸.

A la postre, la política de acercamiento emprendida por Castellane daría buen resultado, como lo prueba la frecuencia con que era invitado a las bodas, circunstancia que no dejó de sorprenderle “j’ai la bosse des nocces”, si bien consideraba su presencia en tantas bodas como prueba de la estima de la población. De las bodas le desconcertaba el ceremonial observado en la zona, tanto en las bodas de los nobles y los negociantes, como en las protagonizadas por los miembros de su brigada, toda vez que, pese al arraigo observado en las manifestaciones externas de sentimiento religioso, las ceremonias no tenían lugar en la iglesia, sino en el salón de la casa, en un acto sin misa que apenas duraba unos minutos, y que

(25) *Journal*, 28.IV.1825, pág. 68.

(26) *Journal*, 12.V.1825, pág. 75.

(27) *Journal*, 14.III.1825, pág. 68.

(28) *Journal*, 4.IV.1825, pág. 71.

contrastaba con la velada que las seguía, que solía incluir “un grand festin” que terminaba con un convite de dulces ²⁹.

Fiestas y celebraciones

La rutina representada durante el año por el paseo, los salones, la iglesia y el teatro, se veía rota por las fiestas y las celebraciones que jalonaban el calendario andaluz, ya fueran de inspiración religiosa, económica o política. Entre las primeras destacaba la Semana Santa, aunque también se encontraban el Carnaval y el Corpus. De origen económico era la Feria, en tanto que de carácter político eran las celebraciones que conmemoraban los principales hitos políticos del absolutismo dominante, que enaltecía por igual a los Borbones reinantes en Francia y en España.

De todas las manifestaciones de religiosidad, la Semana Santa impactó especialmente a Castellane. La primera que conoció, o al menos la primera que reseñó, fue la de Jerez, donde un recién llegado Castellane presenció una sorprendente procesión que, por su ritual, consideró digna de la Edad Media. Aunque ya el desfile en sí le resultaba extraordinario, le llamaron la atención los penitentes, tanto los que marchaban cargados de enormes cruces que, ante la señal convenida, se tumbaban en el suelo con toda su carga, como los que, pese a la prohibición oficial, se flagelaban a la entrada del templo hasta sangrar ³⁰. Su segunda Semana Santa la pasó en Sevilla, donde no sólo se desplazó como mero espectador, sino que también participó en algunas de sus funciones. En concreto, el Jueves Santo asistió en traje de gala a la catedral, donde, junto a otros oficiales franceses, tomaría parte con cirios en la procesión llamada “del monumento”, conducida por el arzobispo Cienfuegos. Así mismo, el propio arzobispo lo invitó, el mismo jueves, a la comida que ofreció a doce pobres, a quienes lavaría los pies siguiendo un riguroso ceremonial. Por lo demás, las procesiones sevillanas, que contempló desde los balcones de la Audiencia, le parecieron una gran representación, protagonizada por penitentes que, con sus “bonnet pointu”, le evocaron a los magos de los teatros franceses ³¹.

El Carnaval y el Corpus también contaron con participación francesa, es más, en el caso del Carnaval, no se habría celebrado con máscaras de no haber sido por los franceses, ya que el vizconde Gudin, comandante general de la

(29) *Journal*, 20.VI.1825, págs. 80-81; 3.VII.1825, págs. 82-83; 15.XI.1825, pág. 92 y 24.VII.1826, págs. 128-129.

(30) *Journal*, 2.IV.1825, págs. 70-71.

(31) *Journal*, 23-24.III.1826, págs. 103-104.

división, obtuvo un permiso especial del rey que permitió la organización de bailes de máscaras tanto en Cádiz, en la residencia de Gudín, como en El Puerto de Santa María, en casa del conde de Castellane ³². Por su parte, la procesión del Corpus contó, durante los años de la ocupación, tanto con la presencia de los mandos de la guarnición en la presidencia, como con la escolta de las tropas francesas a lo largo de la carrera ³³.

Aunque no ofrece demasiados detalles sobre la Feria, Castellane sí que hace referencia al ambiente que la rodeaba, y a las experiencias que vivió un día de mayo en Jerez, que él mismo identificaría como de feria por la iluminación de la Alameda. Por la mañana llegó tarde a una romería organizada en torno al castillo Geradino, no obstante, le dio tiempo de contemplar el camino de vuelta a Jerez, que formaba un curioso cortejo “troupe joyeuse” lo llamó Castellane de andaluces vestidos de majos, la mayoría en burro, a caballo o en calesa. Ya de noche, asistió a la fiesta ofrecida por la señora de Morzo, en la que estuvo poco tiempo, pero el suficiente como para conocer al marqués del Mérito que, también vestido de majo, se había convertido en el principal animador de la velada ³⁴. Vinculadas de algún modo a la Feria se encontraban las corridas de toros, que Castellane tuvo ocasión de presenciar en El Puerto de Santa María. Casi más que el espectáculo taurino en sí mismo, le gustó la plaza de toros “ce cirque est fort beau”, en todo caso, se trata ésta de una de las pocas ocasiones en las que Castellane no emitió un juicio propio, sino que prefirió, en cambio, transmitir los comentarios de los aficionados ³⁵.

Por último, Castellane no olvidó referir en su diario las celebraciones políticas, los actos organizados para celebrar la dinastía borbónica, promovidos por igual por franceses y españoles. Entre las celebraciones francesas se encontraron las que tuvieron lugar en honor de Carlos X. En mayo de 1825, el anuncio de su coronación inspiró una jornada festiva similar a la organizada ese mismo año con motivo del día de San Carlos: por la mañana, misa y parada militar en la Victoria, al mediodía, comida oficial con las autoridades españolas, y por la noche cena y baile; todo ello en una ciudad engalanada e iluminada al efecto ³⁶. La apariencia de armonía y unidad fomentada durante las celebraciones políticas francesas se repitió en el caso de las españolas, que a los actos protocolarios ya comentados

(32) *Journal*, 6.II.1826, pág. 100.

(33) *Journal*, 3.VI.1825, págs. 78-79.

(34) *Journal*, 5.V.1826, págs. 120-121.

(35) *Journal*, 17, 25 y 26.VII.1825, pág. 83.

(36) *Journal*, 29.V.1825, pág. 78 y 5.XI.1825, págs. 89-90.

para los franceses, añadían otros completamente festivos, como las corridas de toros que, por lo demás, decepcionaron un poco a Castellane ³⁷.

BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ, M.^a A. (1989): “La autobiografía y sus géneros afines”, en *Epos. Revista de Filología*, vol. V (1989), págs. 439-450.
- BUTRÓN PRIDA, G (1997): “La expedición francesa de Argel (1830) y la consecución del apoyo logístico de los puertos españoles”, en *El Mediterráneo: hechos de relevancia histórico-militar y sus repercusiones en España*. Sevilla, Cátedra General Castaños, págs. 927-940.
- _____ (1998): “Ocupantes y ocupados: El Puerto de Santa María bajo la tutela francesa”, en *Revista de Historia de El Puerto*, n.º 21, págs. 89-105.
- _____ (1999): “Un documento para la Historia de El Puerto de Santa María a finales del Antiguo Régimen: el informe militar de la brigada del conde de Castellane”, en *Revista de Historia de El Puerto*, n.º 22, págs. 75-83.
- CABALLÉ, A. (1991): “Memorias y autobiografías en España (siglos XIX y XX)”, en *Anthropos. Suplementos*, n.º 29, págs. 143-169.
- CASTELLANE, Maréchal de (1895-1897): *Journal du Maréchal de Castellane 1804-1862*. Vol. II (1895). París, Librairie Plon.
- FONTANA, J. (1997): “Franco y el franquismo a través de los libros de memorias”, en TRUJILLANO SÁNCHEZ, J. M.; GAGO GONZÁLEZ, J. M. (Eds.): *Historia y fuentes orales: historia y memoria del franquismo*. Ávila, Fundación Cultural Santa Teresa, págs. 19-26.
- GIL NOVALES, A. (1997): “La guerra de 1823. Consideraciones historiográficas”, en AYMES, J.-R. y FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, J. (Eds.): *La imagen de*

(37) *Journal*, 30.V.1826, pág. 123. Las buenas formas no siempre fueron respetadas, como ocurrió en octubre de 1825, cuando, con ocasión del aniversario de la liberación de Fernando VII, el gobernador Soto no invitó a Castellane a los actos programados, movido quizás por el recuerdo de su expulsión de la ciudad en 1823 por parte del duque de Angulema (Butrón Prida, G., 1998, págs. 93-95).

Francia en España (1808-1850). Bilbao, Universidad del País Vasco, págs. 63-77.

- GIL NOVALES, A. (2000): “Un ocupante de excepción: Fantin des Odoards”, en BUTRÓN PRIDA, G. y RAMOS SANTANA, A. (Eds.): *Intervención exterior y crisis del Antiguo Régimen en España*. Huelva, Universidad de Huelva/Ayuntamiento de El Puerto de Santa María, págs. 193-205.

SELECCIÓN DE TEXTOS

Cádiz

“Cadix est une très belle ville; les rues sont en général tirées au cordeau, assez étroites; les maisons sont belles; elles sont toutes blanchies, ce qui leur donne un grand air de propreté” (6.III.1825; pág. 66).

“Cádiz es una ciudad muy bella; las calles, que, en general, están tiradas a cordel, son bastante estrechas y están por completo blanqueadas, lo que les otorga un aire de gran limpieza”.

El Puerto de Santa María

“Puerto de Santa María est une ville de vingt mille âmes, située sur la rivière de Guadalète, qui a son embouchure à quatre cents toises de la ville, dans la baie de Cadix. Puerto de Santa María est très bien bâti; c’est une des plus jolies villes de l’Andalousie. La *Calle larga*, quoiqu’elle ne soit pas parfaitement tirée au cordeau, est remarquable. Les maisons ont des balcons sur bon nombre desquels il y a des fleurs; d’autres sont entièrement fermés en vitrages, les femmes s’y placent pour contempler les passants. Tous les murs des maisons sont blanchis en dehors comme en dedans avec un grand soin, ce qui donne un aspect de gaieté. La plupart des escaliers sont en marbre; la petite cour (patio) qu’on trouve ordinairement dans chaque maison est pavée en marbre noir et blanc et régulièrement lavée tous les samedis comme en Hollande; c’est une propreté qu’on ne trouve nulle part ailleurs en Espagne. Presque toutes les maisons ont de très petits jardins qui sont fort soignés; il y a peu d’arbres, mais beaucoup de fleurs. La promenade de la Vittoria, à l’extrémité de la ville, est belle, mais n’est guère fréquentée que les dimanches et fêtes. Le Vergel, autre promenade à peu distance de la rivière, n’est fréquentée que dans les soirées d’été. L’eau de Santa Maria est

très renommée; on en charge tous les jours des bateaux pour Cadix, où l'on ne trouve que de mauvaise eau de citerne. La fontaine de la Vittoria donne de l'eau à presque toutes les maisons de la ville. Un bois d'oliviers à la gauche de la route de Xéres est le seule du pays" (5.IV.1825; págs. 71-72).

"El Puerto de Santa María es una ciudad de veinte mil almas, situada junto al Guadalete, que tiene su desembocadura a cuatrocientas toesas de la ciudad, en la bahía de Cádiz. El Puerto de Santa María está muy bien construido; es una de las ciudades más bellas de Andalucía. La *Calle Larga*, aunque no esté perfectamente tirada a cordel, es notable. En la mayoría de los balcones de las casas hay flores, otros están cerrados, y permiten que las mujeres los utilicen para contemplar a los paseantes. Todas las casas están encaladas con gran cuidado, tanto por dentro como por fuera, lo que les confiere un aspecto de alegría. La mayoría de las escaleras son de mármol, en tanto que los patios que encontramos generalmente en todas las casas están pavimentados en mármol negro y blanco, y son limpiados regularmente cada sábado, como en Holanda; impera una limpieza que no se ve en ninguna otra parte de España. Casi todas las casas tienen pequeños jardines muy cuidados; hay pocos árboles, pero muchas flores. El paseo de la Victoria, situado en un extremo de la ciudad, es bello, pero apenas es frecuentado sino los domingos y los días de fiesta. El Vergel, otro paseo cerca del río, no es frecuentado sino en verano. El agua de Santa Maria es muy famosa; se carga todos los días en barco para Cádiz, donde sólo cuentan con el agua de mala calidad de los aljibes. La fuente de la Victoria surte de agua a casi todas las casas de la ciudad. Un bosque de olivos situado a la izquierda del camino de Jerez es el único de la zona".

Gibraltar

"La population de Gibraltar est de 17.000 âmes, la garnison est de 3.500 hommes, et, de plus, dans la baie, il y a toujours de 4 à 5.000 matelots. Les costumes des Juifs africains, des Maures, des matelots des divers peuples, les manteaux rouges des femmes de Gibraltar offrent un spectacle très varié. En sortant d'Espagne, on est frappé de l'activité de Gibraltar, de voir le bel entretien de toute choses. Les rues sont assez larges en général. Au lieu de pavé, il y a dans plusieurs rues des cailloux arrangés suivant une découverte. Les chemins de cette manière sont solides et comme une allée de jardin. Il y a un beau bâtiment qu'on appelle bibliothèque des officiers" (24.IV.1826; págs. 115-116).

"La población de Gibraltar es de 17.000 almas, mientras que la guarnición está

compuesta de 3.500 hombres y, además, hay entre 4 y 5.000 marineros en la bahía. Los vestidos de los judíos africanos, los moros, los marineros de distintos países y las capas rojas de las mujeres de Gibraltar, ofrecen un espectáculo muy variopinto. Viniendo de España, sorprende la actividad de Gibraltar, así como el buen estado imperante. Las calles son bastante grandes en general. En lugar de pavimento, muchas calles están hechas de guijarros bien dispuestos. De esta manera los caminos son firmes y parecen un paseo de jardín. El edificio llamado biblioteca de oficiales es muy bello”.

Las andaluzas

“Quelle que soit leur condition, les femmes, en Andalousie, n’ont pas de chaises dans les églises; elles sont accroupies par terre sur leurs talons. Les manières des femmes, en Andalousie, sont toutes différentes de celles de France; il ne s’y fait pas peut-être plus de mal, mais elles sont moins réservées dans leurs sourires. Les jeunes personnes causent très librement, toujours suivies à la promenade, à dix ou quinze pas, par les parents ou par une duègne; pourvu qu’elles marchent en avant des surveillants, elles peuvent parler avec le jeune homme qui est près d’elles aussi tendrement que cela leur plaît. Il serait malhonnête, pour peu que vous les connaissiez, de les appeler autrement que par leur nom de baptême; elles en agissent de même avec vous. On ne peut pas refuser aux Andalouses de très jolis pieds, de beaux yeux, des tailles charmantes, une tournure, une grâce parfaites; de l’originalité dans l’esprit; elles sont fort séduisantes” (14.III.1825; págs. 68-69).

“Sea cual sea su condición, las mujeres, en Andalucía, no tienen sillas en las iglesias, sino que se ponen en cuclillas sobre sus talones. En Andalucía los modales de las mujeres son completamente diferentes que en Francia; de entrada, son menos reservadas en sus sonrisas. Las jóvenes pueden hablar libremente, pues aunque siempre van seguidas en el paseo por los padres o por una dueña, como van delante de sus vigilantes, pueden hablar con su acompañante tan tiernamente como les plazca. Resultaría poco cortés que, por poco que se las conociera, se les llamara de otra forma que por su nombre de pila; ellas siguen la misma norma. No se puede negar a las andaluzas que tienen unos pies muy bonitos, bellos ojos, talles elegantes, un porte y una gracia perfectos; de espíritu singular, son además especialmente seductoras”.

“Quand on arrive, comme moi, d’Andalousie, les Genevoises paraissent de petits colosses, grossièrement travaillés; il est vrai de dire que les Andalouses sont

remarquables par leurs formes délicates, leur taille svelte, quoique peu élevée en général, leurs jolis pieds, leurs jolies mains, tandis que les femmes de ce pays-ci ne doivent viser qu'à la solidité" (6.I.1827; pág. 150).

"Cuando, como yo, se viene de Andalucía, las ginebrinas parecen pequeños colosos, labrados toscamente; hay que reconocer que las andaluzas son notables por sus formas delicadas, su talle esbelto, aunque en general poco elevado, sus lindos pies, sus manos, en tanto que las mujeres de aquí no aspiran sino a la solidez".

"[En Tarifa] Les femmes ont coutume, en allant à l'église, d'arranger leur mantille de manière à faire voir un seul œil; elles les ont, en général, fort beaux; cette coquetterie est importée d'Afrique" (20.IV.1826; pág. 111).

"[En Tarifa] Las mujeres tiene la costumbre, al ir a la iglesia, de arreglar su mantilla de tal manera que sólo se vea uno de sus ojos, que en general son muy bellos; esta coquetería procede de África".

Los paseos de El Puerto de Santa María

"Les musiques des régiments jouaient par mon ordre quatre fois la semaine, l'été sur les promenades, de neuf heures à onze heures du soir. Au Puerto de Santa Maria il y avait, surtout pendant la saison des bains, affluence de jolies femmes. Ce raout de chaque soir sous les orangers était délicieux; il ne manquait pas non plus d'Andalouses à la messe militaire" (14.III.1825; pág. 68).

"En verano, y siguiendo mis órdenes, los músicos de los regimientos tocaban cuatro veces a la semana en los paseos, de nueve a once de la noche. En El Puerto de Santa Maria había, sobre todo durante la temporada de baños, abundancia de bellas mujeres. La reunión diaria bajo los naranjos resultaba encantadora; tampoco faltaban las andaluzas a la misa militar".

"Les deux belles promenades du Puerto de Santa Maria sont très fréquentées; on va de sept à huit heures et demie du soir, en cette saison, à celle de la Vittoria, où il y a un joli bois d'orangers. On se réunit de neuf à onze heures du soir à celle du Vergel, au milieu de la ville; il y a quelques lanternes, cela s'appelle le Vergel illuminé! Les musiques des régiments d'infanterie et de cavalerie y jouent quatre fois la semaine; elles attirent la foule, surtout en ce moment où il y a beaucoup de monde venu de villes environnantes au Puerto de Santa Maria pour les bains de mer" (16.VII.1826; pág. 128).

“Los dos bonitos paseos de El Puerto de Santa Maria son muy frecuentados; de siete a ocho y media de la tarde se va, en esta época, al de la Victoria, donde hay un bello bosque de naranjos. De nueva a once de la noche se va al del Vergel, en el centro de la ciudad, donde hay algunas farolas, lo que llaman ¡el Vergel iluminado! Los músicos de los regimientos de infantería y de caballería tocan cuatro veces a la semana. Los paseos atraen un gran gentío, sobre todo en estos momentos, cuando llega mucha gente de las ciudades de los alrededores de El Puerto de Santa Maria para los baños de mar”.

Los toros en El Puerto de Santa María

“On travaille à force à la place des Taureaux du Puerto de Santa Maria; plus de deux cent cinquante ouvriers sont occupés en ce moment à remplacer tous les toits pourris. Ce cirque est fort beau; il peut contenir douze mille cinq cents personnes; deux membres de la municipalité sont venus fort poliment en députation me prier de choisir la place où je voulais qu'on établît ma loge” (17.VII.1825; pág. 83).

“Se trabaja a marchas forzadas en la plaza de toros de El Puerto de Santa Maria; más de doscientos cincuenta obreros están renovando los techos podridos. Este circo es grandioso; puede albergar doce mil quinientas personas; una diputación de dos miembros del ayuntamiento ha venido muy educadamente a pedirme que elija el lugar donde deseo que se establezca mi palco”.

“Hier, course de taureaux au Puerto de Santa Maria. Le cirque offrait un magnifique coup d'œil; c'est ce qu'il y a de plus curieux dans ce spectacle. En tout, la 'fonction' n'a pas eu l'approbation des amateurs; on a trouvé les taureaux généralement mauvais. Il est vrai que tous ces pauvres diables avaient toujours envie de retourner à l'écurie. Les picadores ont été déclarés vaillants, les banderilleros assez bons et les matadores détestables; l'un d'eux a donné jusqu'à douze coups à un taureau pur en venir à bout” (25.VII.1825; pág. 83).

“Ayer hubo corrida de toros en El Puerto de Santa Maria. El circo ofrecía un aspecto magnífico; esto es lo más curioso de este espectáculo. En general, la 'función' no recibió la aprobación de los aficionados, que encontraron mal a los toros. Es cierto que estos pobres diablos querían siempre volver a los toriles. Los picadores fueron calificados de valientes, los banderilleros como bastante buenos, y los toreros detestables; uno de ellos necesitó de doce estocadas para rematar una faena”.

“Il y a encore eu plus de monde qu’hier à la course de taureaux. La ‘fonction’ a aussi été beaucoup meilleure, les taureaux étant plus méchants et les attaquants, qui avaient été malmenés par la municipalité, étant plus hardis. Un homme qui ramassait les banderillas a été enlevé en l’air par le taureau; je ne sais comment il ne s’est fait aucun mal” (26.VII.1825; pág. 83).

“Ha habido incluso más gente que ayer en la corrida de toros. La ‘función’ ha sido bastante mejor, los toros eran más bravos y los atacantes, que habían sido criticados por el ayuntamiento, fueron más atrevidos. Un hombre que recogía banderillas fue cogido por el toro; no sé cómo no se ha lastimado”

La Semana Santa de Jerez

“J’ai été aujourd’hui dans l’après-midi à Xérès, où j’ai vu une procession curieuse et digne du moyen âge. En tête était un enfant que tenaient par la main des pénitents vêtus en noir. Leurs bonnets avaient deux grandes barbes qui leur tombaient jusqu’aux mollets. Puis venaient des musiciens, Jésus-Christ porté par des pénitents; une femme masquée suivait pieds nus. Elle était tellement fatiguée qu’elle ne pouvait plus marcher; elle était soutenue, apparemment par ses gens, car on m’a dit que c’était une femme riche. Venaient ensuite des pénitents gris. Ils avaient chacun sur l’épaule une croix énorme faite avec des poutres; à un signal convenu, ils se sont précipités dans la boue à plat ventre avec leur fardeau; saint Jean et la Vierge escortée par quelques soldats espagnols, le fusil renversé, les suivaient. A la chute du jour, au moment de la rentrée dans l’église, quoique cela soit sévèrement défendu, les pénitents se fustigent jusqu’à faire ruisseler le sang” (2.IV.1825; págs. 70-71).

“He estado hoy desde por la tarde en Jerez, donde he presenciado una procesión digna de la Edad Media. En cabeza iba un niño cogido de la mano por penitentes vestidos de negro. Sus sombreros tenían dos grandes barbas que les llegaban hasta las pantorrillas. Después venían los músicos, y Jesucristo llevado por penitentes; a quienes seguía una mujer enmascarada y descalza. Estaba tan cansada que no podía continuar; estaba sostenida, aparentemente por su personal, pues me han dicho que se trataba de una mujer rica. Venían detrás unos penitentes vestidos de gris. Cada uno llevaba sobre los hombros una enorme cruz hecha de vigas; a una señal convenida, se tiraron boca abajo sobre el barro con toda su carga. Finalmente, les seguían San Juan y la Virgen escoltados por algunos soldados con los fusiles invertidos. Al final del día, en el momento de la recogida en la iglesia, y aunque estaba severamente prohibido, los penitentes se flagelaron hasta hacer correr la sangre”.

